

El re-inicio
de la historia.
La competición
trasatlántica
por la hegemonía
global.

*La historia es un relato que
no cesa de comenzar pero
que no termina nunca.
Hannah Arendt*



por Andrés Herrera Feligreras

1. Introducción

Joaquín Estefanía abre su libro “La nueva economía. La globalización”, cuestionando la teoría de Francis Fukuyama sobre el fin de la historia. Sin embargo, páginas después, no duda en afirmar que, las alternativas a los desmanes de la globalización no están a extramuros del sistema –esto es, del capitalismo y de la democracia liberal- sino dentro de él, a través de reformas que salven –como ya lo hicieron otras veces- al capitalismo de sí mismo¹. ¿No son ambas afirmaciones una contradicción?

En el fondo Estefanía, como muchos otros críticos de Fukuyama, parecen compartir con el autor de “El fin de la historia”² la misma mirada sobre la historia, el de una historia direccional que avanza hacia la satisfacción de los anhelos más profundos y fundamentales de la sociedad³.

En esa misma línea, puede situarse la diferenciación que establece Alain Touraine entre mundialización y globalización. Para este autor, la mundialización será la continuación de la apertura económica iniciada en los años cincuenta, y la globalización una ruptura con el pasado; un “proceso nefasto mediante el cual los pueblos han cedido el poder sobre sus economías y sus sociedades a fuerzas globales y antidemocráticas, tales como los mercados, las agencias de calificación de deuda,

etcétera”⁴. Esta conceptualización de Touraine, dobla la realidad creando una especie de “conclave de fuerzas ocultas” detrás del Estado y de la economía. Parece como si el capitalismo y la democracia liberal fueran, en lugar de partes sustanciales, víctimas del proceso, de un proceso nefasto llamado globalización.

En realidad tal diferencia no es sustancial para mirar la historia. Los autores como Estefanía y Touraine que la defienden, parecen compartir/apoyarse en la tesis de John Gray y en su afirmación de que «el proyecto de la globalización pretende convertir el libre mercado del capitalismo anglosajón en un modelo único y universal». Es decir de la necesidad de distinguir entre el proyecto político que desea un capitalismo desregulado y la globalización/mundialización como proceso histórico⁵. Por tanto, según la tesis de Gray, Touraine y Estefanía, hay quienes –Zaldivar les llama “globalizadores políticos”⁶– desean aprovechar las características del proceso globalizador para encauzarlo allí donde más les interesa. ¿Pero esto es nuevo, o más bien puede señalarse como una constante histórica de las elites políticas, económicas y culturales?

Miremos un poco hacia atrás: ¿Las transformaciones tecnológicas como palanca para transformaciones de tipo económico y sociológico es algo único del momento en el que vivimos? ¿realmente la globalización es un hito histórico nacido a finales

¹Cf. Estefanía, Joaquín, *La nueva economía. La globalización*. Madrid, 1996 58-59

²Fukuyama, Francis, *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona, 1992.

³Ibíd., 10

⁴Cit. Estefanía Joaquín, *La nueva economía*, op. cit., 14

⁵El País, 26 de noviembre de 1999.

⁶ Cf. Alonso Zaldivar, Carlos, *Al Contrario. Sobre liderazgo, globalización e injerencia*. Madrid, 2001, 106

del siglo XX, o por el contrario, es un proceso iniciado en el siglo XVI⁷, en cuyo seno se ha ido perfeccionando la economía-mundo, y nuestro presente no es sino una fase más en ese desarrollo?

Observar la globalización, sus causas y posibles consecuencias como algo propio del momento histórico en el que vivimos, puede conducirnos a juzgar el bosque por el árbol que estamos viendo. En realidad, la triple revolución tecnológica, económica y sociológica que caracteriza “la complejidad de la caótica situación contemporánea”⁸ ha acompañado cada impulso globalizador desde el Renacimiento hasta nuestros días, el último de ellos concluyó en 1914 con la Primera Guerra Mundial. Tecnología, economía y cambios sociales fueron una constante en el siglo XIX. En Europa y Estados Unidos, la era digital parece haber hecho olvidar el impacto que causó el ferrocarril y el telégrafo en las relaciones económicas. Cuando Rifkin anuncia que la nueva economía se ha propuesto mercantilizar las experiencias vitales del ser humano⁹, debe olvidar que los burdeles se abrieron antes que la red de redes o que los británicos hicieron del tráfico de opio un negocio legal y lucrativo.

En realidad, mirando hacia atrás, vemos que la nueva era que se anuncia que nació con la caída del muro de Berlín, y a la que se ha puesto de moda llamar globalización, no es sino el perfeccionamiento de lo existente: las clases dominantes defendiendo la infalibilidad del sistema que regentan. Nada nuevo bajo el sol.

No obstante, aunque el escenario no resulta novedoso, si conviene detenerse en algunos cambios.

En esta “nueva era”, Occidente se está transformando en un centro de gestión financiera, planificación empresarial y comercial, mientras que en otras zonas del globo –particularmente en Asia– se configuran como proveedores de productos de bajo valor añadido, mano de obra o materias primas. En esa relación China no es, como en el pasado, un proveedor de productos exóticos sino de trabajo pero, ¿hasta cuando?. Como nos recuerda, entre otros, Andrés Ortega, “en los próximos veinte a cincuenta años, sino antes, va a haber un desplazamiento de poder sin precedentes en el mundo hacia China e India. ¿En qué nos quedaremos en Europa

y EEUU?”¹⁰. Parece que los estadounidenses tienen un proyecto y que el dragón chino ha despertado¹¹ pero, ¿qué papel jugará la Unión Europea?

Este artículo gira en torno a este y otros interrogantes respecto a Europa, la Unión Europea y Estados Unidos. En él se mira la relación trasatlántica como una llave que puede generar nuevos escenarios, posibilidades en la historia, no necesariamente optimistas, pero en cualquier caso determinantes para el futuro. Este trabajo arranca en los orígenes del proyecto político de construcción europea, cuando se ideó una Europa política frente a la Unión Soviética y Estados Unidos, y concluye con la rivalidad latente a ambos lados del Atlántico tras el colapso soviético. Como telón de fondo, la tesis de que la caída del muro, lejos de ser la representación plástica del “fin de la historia”, representa la ruptura del dique que hasta ese momento, 1989, tenía a la historia estancada.

2.- ¿De dónde viene la Unión Europea?

2.1 *La idea contemporánea de Europa*

Europa es, para Lucien Febvre, “palabra fetiche, palabra remedio, palabra de salvación”¹²; para Toni Negri “La idea de Europa es un casino¹³...desde que resurge, como idea cultural, en el Siglo de las Luces; de hecho puede enarbolarse tanto sobre las bayonetas de Bonaparte como sobre las de los ejércitos de la Santa Alianza”¹⁴. Tan distintos autores barajan un similar concepto con respecto a Europa, el de una palabra-idea defendida, argumentada y enarbolada desde prismas antagónicos. Por el contrario, para aquellos ciudadanos de los Estados que integran el club de los veinticinco, la Unión Europea es una realidad, tal vez una realidad con dificultades, desafíos e imperfecciones pero una realidad con graves implicaciones políticas y económicas. En la sociedad de la información¹⁵ idea y realidad, Europa y Unión Europea,

¹⁰Ortega, Andrés, “La brecha transatlántica. Dios, armas y ley”. *Foreign Policy*. Edición Española, Núm. 6, diciembre/enero 2005, 29

¹¹Para aproximarse a esta cuestión, Vid. *El País*, Editorial, 24 de abril de 2005

¹²Febvre, Lucien, *Europa. Génesis de una civilización*. Barcelona, 2000, 230

¹³El autor juega aquí con la doble acepción de la palabra italiana casino, que significa simultáneamente embrollo-jaleo y burdel-prostíbulo en Negri, Antonio, *Europa y el Imperio. Reflexiones sobre un proceso constituyente*. Madrid, 2005, 43

¹⁴ *Ibid.*, 14

⁷Vid. Wallerstein Immanuel, *El moderno sistema mundial*. México, 1984

⁸ Ramonet, Ignacio, *Un mundo sin rumbo*, Barcelona, 1997, 240

⁹ Cf. Rifkin, Jeremy, *La era del acceso*, Barcelona, 2000, 21

La competición trasatlántica por la hegemonía global

tienden a confundirse e interesadamente son confundidas. En este artículo se tratará de que eso no ocurra, y será fundamentalmente la segunda de la que se hable, como modelo –y no el modelo– para la construcción económica y ¿política? de la primera.

Durante el siglo XIX, que algunos autores –y particularmente Aldo Mayer o Eric Hobsbawm– prolongan hasta 1918, se asiste a dos constantes; la primera los procesos de conformación de las naciones europeas y la segunda, la construcción de la idea contemporánea de Europa sobre la base de “una noción colectiva que nos define a «nosotros» europeos, contra todos «aquellos» no europeos”¹⁶. Para Edward Said, éste es precisamente el componente principal de la cultura europea “aquél que contribuye a que esta cultura sea hegemónica tanto dentro como fuera de Europa: la idea de una identidad europea superior a todos los pueblos y culturas no europeos”¹⁷. A lo largo del XIX, Europa más que nunca acaba sobrepasando el territorio de Europa convirtiendo sus valores, su cultura y también sus problemas en globales. Europa será hegemónica frente al “otro”, y las cañoneras consolidarán esa hegemonía. Lo harán frente a los Estados nacientes como los recién creados en América del Sur, y también frente a imperios milenarios como China. ¿Tuvo esta hegemonía política y cultural una traslación a proyectos de construcción política, a proyectos que hoy llamaríamos europeístas?. No, si se refiere a proyectos con posibilidades de plasmación. Unos, defendidos por la elite de tradición liberal, por estar supeditados a la dinámica sistémica o ser meramente literarios. Otros, defendidos desde abajo, serán vistos como subversivos. Igualmente no se puede hablar –más allá de algunos círculos académicos y cosmopolitas– de una conciencia europea entre los habitantes de Europa. Desgraciadamente la política real estaba dominada por los intereses nacionales hasta el punto que, los partidos socialdemócratas –teóricos defensores de un concepto superador de la nación: la clase– votaron, junto a las fuerzas conservadoras, los créditos que conducirán a Europa a la Guerra Civil.

2.2 Europa: de la hegemonía mundial a sujeto pasivo de la Guerra Fría.

Que durante el siglo XIX los problemas de Europa tenían talla planetaria se demostró en la mundialización de un conflicto interior. El espectacular crecimiento entre 1850 y 1870 de las relaciones comerciales y culturales entre los Estados europeos supuso el canto de cisne de la fase de globalización –que imprecisamente podríamos iniciar en el Congreso de Viena– caracterizada por el equilibrio de potencias en el continente europeo y la expansión imperialista de Europa, y que tras la “Paz Armada” iniciada en 1871 concluyó con la Gran Guerra de 1914.

La hegemonía europea quedó tocada tras la conflagración. Y el símbolo de ese declinar fue que un dirigente no europeo, Wilson, diseñara en 1919 el nuevo mapa europeo¹⁸. Además de intervenir activamente en el diseño del nuevo orden mundial, el presidente norteamericano abrió la caja de Pandora de la autodeterminación. Las nacionalidades (nacionalidad era un concepto de reciente creación que no formó parte del diccionario francés hasta 1823)¹⁹ encontraron una base moral para aspirar a un Estado y con ella se fragmentó primero Europa, y más tarde los imperios coloniales europeos. Pero Wilson fomentó también un entendimiento basado en tolerancia al otro, mercados abiertos y democracia representativa. Se puede decir que los ejes de la propuesta wilsoniana de pluralismo y libertad son los mismos que imperaban en Europa antes de 1913 y sobre las que se fundó la democracia liberal²⁰. Sin embargo, podemos preguntarnos ¿democracia para qué?, ¿libertad para quién?. Las respuestas dadas a estos interrogantes por quienes consideraban la democracia liberal como modelo articulador de las naciones europeas no resultaron satisfactorias, a juzgar por el importante respaldo intelectual que encontró la utopía revolucionaria cuyo objetivo era convertir ese orden, el orden burgués, en una sociedad de iguales. La reacción no se hizo esperar y para muchos, el fascismo se constituyó en tabla salvadora de la civilización, al que se agarraron intelectuales de primera fila, frente a la Revolución de Octubre y su significado²¹.

¹⁵Cabrera, Daniel H., “La matriz imaginaria de las nuevas tecnologías”. *Comunicación y Sociedad*, vol. XVII, nº1, 2004

¹⁶Cit. Said, Edward, *Orientalismo*. Madrid, 2002, 27

¹⁷ *Ibid.*, 27

¹⁸Fusi, Juan Pablo, “La crisis de la conciencia europea”, en *Europa en Crisis 1919-1939*. Madrid, 1991, 338

¹⁹Cf. Febvre, Lucien, *Europa*. op.cit., 212.

²⁰Cf. Fusi, Juan Pablo, “La crisis de la conciencia europea” op. cit., 334

²¹Paramio, Ludolfo, “Comentario” en *Europa en Crisis 1919-1939*. Madrid, 1991, 344

Efectivamente, las bases sobre las que se habían ido configurando las naciones europeas a lo largo del siglo XIX –democracia representativa y mercado– se mostraban incapaces de satisfacer los retos de posguerra. Por otro lado, dos nuevas potencias –Estados Unidos y la Unión Soviética– comenzaban a perfilarse como una amenaza a la todavía hegemonía europea en el mundo.

Así lo vio Coudenhove-Kalergi, un aristócrata austriaco que había fundado en Viena, en 1923, una revista y la organización “Unión Paneuropea”. Ese mismo año publicó: *Paneuropa* donde escribía: “se ha temido a Europa; pero ahora se la compadece. Antes hablaba como dueña y señora, mientras que ahora se limita a defenderse”²². Para el autor existía una tendencia en las relaciones internacionales, en la que los distintos territorios manifestaban una tendencia a integrarse en Estados poderosos, mientras la Europa del momento obraba en dirección contraria: en un proceso de atomización que ponía en peligro su hegemonía. Su solución fue un “concepto político” de Europa más allá de las limitaciones geográficas. Esta agrupación incluía todos los Estados democráticos –incluida Islandia por estar asociada con Dinamarca– y excluía a la URSS (sistema no democrático liberal), Turquía (por ser asiática) y a Gran Bretaña (por ser un imperio transcontinental) con los que, sin embargo, Paneuropa debía tener relaciones amistosas y de entendimiento político y económico. Coudenhove-Kalergi editó, en 1924, el Manifiesto Paneuropeo. Cuyos contenidos giraban en torno a la idea de articular Europa en una federación de los pueblos europeos. Se superarían así los viejos Estados nacionales y la rivalidad entre Francia y Alemania, agentes necesarios para que Europa pudiera seguir manteniendo un rol protagonista en el mundo y evitar que las potencias extraeuropeas dirigieran los asuntos internacionales²³.

Un destacado miembro de la Unión Paneuropea será Aristide Briand, destacado estadista de la III República francesa. Entre sus actividades, destacan las llevadas a cabo en el seno de la Sociedad de Naciones en favor de la construcción de una Europa política. El memorándum que presentó en 1930 es, a juicio de Pérez Sánchez, un auténtico libro blanco del europeísmo, cuyo objetivo explíci-

to era un “Mercado Común para elevar al máximo el nivel del bienestar humano sobre el conjunto de los territorios de la Comunidad Europea”²⁴

Juan Pablo Fusi, sintetiza en las actitudes y apuestas personales de tres nombres el europeísmo de entreguerras, en opinión de este autor “la voluntad más tenaz fue la del conde Coudenhove-Kalergi; la iniciativa más sólida, la del ministro Briand; y los argumentos más ambiciosos los de Ortega”. El filósofo español planteaba Europa como un Estado Nacional como solución para la decadencia moral y civilizatoria en la que, tras la I Guerra Mundial, Europa se encontraba²⁵.

En «La persistencia del Antiguo Régimen», Arno Mayer considera que hasta 1918, Europa estuvo gobernada y tutelada por una clase dirigente de valores aristocráticos que penetraban toda la sociedad²⁶. En esa misma línea Antonio Gramsci sostenía que lo que ciertos intelectuales estaban percibiendo como decadencia moral, crisis de cultura y civilización en Europa, no era sino la crisis de liderazgo de una clase dirigente –incluidos ellos mismos como intelectuales al servicio de esa clase que desconcertada por un mundo en transformación buscaban fórmulas para que Europa siguiera siendo una potencia a escala planetaria, punto éste en el que convergen –más allá de la retórica humanista– las iniciativas europeístas del vienés, del francés y del español.

Aunque estos planteamientos intelectuales y políticos no calaron en las masas ni tuvieron repercusión en las políticas de los Estados, enfrascados en la escalada hacia la II Guerra Mundial, se podría clasificar el programa de Aristide Briand como una primera fase o una fase preliminar en la construcción de la Unión Europea; en síntesis, la propuesta del ministro francés, tiene como objetivo evitar guerras intestinas y crear un marco común de colaboración soberana de los Estados, para la gestión de los intereses imperialistas europeos. Ésta iniciativa para Antonio Negri:

(...) ilumina las características (que luego serán tradicionales) en función de las cuales las clases dirigentes europeas afrontarán el tema: unidad política de Europa (...) se trata de un proyecto interesante: propuesto en 1929-1930,

²⁴Ibid.,41

²⁵ Cf. Fusi, Juan Pablo, “La crisis de la conciencia europea” op. cit., 338-341

²⁶ Mayer, Arno, *La persistencia del Antiguo Régimen*, Madrid, 1984.

²²Cit. Pérez Sánchez, Guillermo A. “El ideal europeísta: de la modernidad a la contemporaneidad” en *Historia de la integración europea*, Barcelona, 2001,34

²³ Cf. Ibid.,34-39

La competición trasatlántica por la hegemonía global

*en medio del big crash estadounidense, y en el primer momento en que el mundo soviético empieza a planificar su supervivencia, revela las dos exigencias vitales de las clases dirigentes europeas, la de resistir a los soviets (en el exterior y el interior) y la de contraponerse a la agresividad económica, política y cultural de Estados Unidos.*²⁷

Tras la II Guerra mundial, se iniciará la segunda fase de la construcción de la Europa política, tal y como hoy la conocemos, ligada a dos factores básicos: la crítica situación de Europa de posguerra y la división del continente en zonas de influencia de las grandes superpotencias. Se consumó así el proceso abierto en 1918, el conflicto puso fin definitivo a la preponderancia europea y el continente pasó así a ser sujeto pasivo.

Sin embargo, el movimiento europeísta renace con fuerza apoyado desde distintas ópticas políticas e intelectuales. Al contrario que en el período de entreguerras donde el ideal de una Europa unida quedó relegado a un circuito intelectual alejado de la sociedad, en 1945 serán los partidos de masas, y activamente los de izquierda, quienes incorporarán la Europa política en su programa. Es la herencia de la respuesta al proyecto europeo hitleriano. La experiencia del esfuerzo brigadista y resistente contra el fascismo, primero en España y luego en Europa genera una conciencia fraternal entre los europeos, a mi juicio, no suficientemente estudiada. Es en ese contexto donde se da en 1943 el Manifiesto de Ventotene, promovido por los comunistas italianos condenados por el fascismo en esa isla, y un año después el Manifiesto de las Resistencias europeas. Ambos documentos trazan un proyecto de Europa federal, antifascista y comprometida con los valores de la justicia y la libertad.

En definitiva tras la victoria aliada, Europa, o más exactamente la posibilidad de construir Europa como una realidad política, recupera centralidad. Pero será por un instante ya que la lógica imperante de Guerra Fría hurtó el debate y propició la cristalización de un determinado proyecto, político y económico, de Europa trazado por las elites políticas de los Estados occidentales, bajo el patrocinio de los Estados Unidos, como fórmula para crear un espacio común de paz y prosperidad económica. El objetivo de la prosperidad económica era fundamental, entre otras cosas, para competir

con el modelo soviético que por entonces suponía una alternativa viable y con prestigio entre la ciudadanía de los países occidentales.

2.3 De la teoría a la práctica política: el génesis de la Unión Europea

Los círculos dirigentes estadounidenses estaban decididos a restablecer un equilibrio de poderes en Europa y para ello era necesario reforzar la cohesión interna del bloque. La Doctrina Truman permitió a Estados Unidos asumir los compromisos político-militares de los imperios coloniales europeos. A través del Plan Marshall se propició la creación de la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE), anticipo organizativo e inspirador de la Comunidad Económica Europea. Por último, los servicios de inteligencia estadounidenses empezaron a construir un consorcio cuya principal misión fue “apartar sutilmente a la intelectualidad de Europa occidental de su prolongada fascinación por el marxismo y el comunismo, a favor de una forma de ver el mundo más de acuerdo con el «concepto americano»”²⁸. El acto central de esta campaña lo constituirá el Congreso por la Libertad de la Cultura, que tenía entre sus principales funciones la construcción de una justificación intelectual para Europa occidental como civilización, enfatizándose en líneas de ruptura entre Oeste y Este²⁹.

Europa occidental se constituye como organización política, económica, militar y cultural progresivamente bajo la Doctrina Truman (12 de marzo 1947), el Plan Marshall (5 de junio 1947), el Tratado de del Atlántico Norte (4 de abril 1949) y el Manifiesto del Congreso para la Libertad de la Cultura (29 de junio de 1950). Es también preciso mencionar aquí, dos importantes encuentros entre los partidarios de la unidad de Europa, en Montreux en 1947 y en la Haya en 1948. En ambos congresos aparecerá la divergencia –todavía vigente– entre los dos conceptos de unidad europea. De una parte, los “unionistas” herederos de las ideas fuerza del periodo de entreguerras, que defienden la cooperación entre Estados soberanos. Y de otra, la posición federalista, que implica instituciones supranacionales y la cesión a éstas de soberanía de los Estados³⁰. La Unión Europea es un compromi-

²⁷Negri, Antonio, *Europa y el Imperio*, 45

²⁸Stonor, Frances, *La CIA y la guerra fría cultural*. Madrid, 2001,

²⁹Un producto literario en este sentido es Demas, Claude, *La civilización europea*. México, 1984

³⁰*Le Monde Diplomatique*. Edición española, enero de 2003

so entre estas dos posiciones, pero paradójicamente no surge de estos Congresos que a lo sumo quedan como un pariente segundón -por mucho que en la historia oficial de europeísmo ocupen un lugar de honor- como lo demuestra que el Consejo de Europa (mayo de 1949), resultado de Montreux y de la Haya, ha sido y es en el presente una institución irrelevante en la política internacional.

Más allá de las construcciones literarias, retóricas o filosóficas sobre la idea de Europa, en la esencia de la construcción europea, en la concepción de una Europa política limitada a Estados participantes del Plan Marshall, están siempre los padrinos estadounidenses: ellos sí tenían un plan para Europa.

Ahora bien, esto no significa que las clases dirigentes europeas se acomodasen resignadamente a los criterios de Washington renunciando sumisamente a sus márgenes de maniobra. Según Hobsbawm, Estados Unidos no pudo imponer su modelo basado en la fortaleza económica de una Alemania rearmada:

Lo mejor que los franceses podían hacer era vincular los asuntos de Alemania Occidental y de Francia tan estrechamente que resultara imposible un conflicto entre estos dos adversarios. Los franceses propusieron su propia versión de una unión europea, la Comunidad Europea del Carbón y el Acero (1951) que luego se transformó en la Comunidad Económica Europea o Mercado Común (1957), más adelante simplemente en la Comunidad Europea, y, a partir de 1993, en la Unión Europea. Tenía su cuartel general en Bruselas, pero la alianza franco-alemana era su núcleo. La Comunidad Europea se creó como alternativa a los planes de integración europea de los Estados Unidos³¹.

En las relaciones internacionales, los Estados pugnan por aumentar su influencia y lo hacen en la medida en que su posición se lo permite. Los Estados europeos también operaron así frente al proyecto de unidad para Europa trazado en los círculos de poder estadounidenses, defender lo contrario es ignorar la historia.

En el génesis de la Comunidad Europea confluyen tanto los intereses norteamericanos como de

un sector de la clase dirigente europea que busca un ámbito de actuación propio e independiente. No obstante, considerar la constitución de la Comunidad Europea alternativa -por mucha cursiva con la que se escriba esta palabra- a los planes de los Estados Unidos para Europa, es exagerado. Exagerado porque en primer lugar, los lazos personales entre los protagonistas (por ejemplo la amistad entre Dulles y Monnet) sugieren la existencia de visiones compartidas. En segundo lugar, es difícil imaginar -en un contexto de posguerra y Guerra Fría- la viabilidad de cualquier proyecto de cooperación en Europa occidental sin el apoyo político y económico de los Estados Unidos. Tercero, en línea con lo anterior, Francia accedió a la reintegración alemana en la medida en que EEUU mantuvo sus compromisos militares en Europa. Un cuarto argumento lo encontramos en el contenido del Tratado de Roma, que está impregnado de moral wilsoniana. Por último, durante la Guerra Fría, los Estados europeos ajustaron su política internacional a las directrices de Washington y no, o no solo, porque los Estados Unidos “eran lo bastante fuertes como para controlar su [la de los Estados europeos] posición internacional”³² sino porque desde 1947 hasta 1989, Estados Unidos fue reconocido como el país líder del mundo Occidental.³³

3. 1989: hacia la competencia global

Con la clausura en 1988 del Comité de Enlace [con los países socialistas] del PCUS, se puso fin a la Doctrina de Soberanía Limitada o Doctrina Breznev, al tiempo que se iniciaba un proceso que concluyó con la caída del Muro de Berlín un año después. La búsqueda -por parte de los hasta ese momento Estados satélites de la URSS- de modelos en Occidente sirvieron de argumento a Fukuyama para hablar del fin de la historia y por tanto, 1989 sería el “año triunfal con brillantina”³⁴ de los aliados occidentales y particularmente de su líder: los Estados Unidos de América. Veamos si fue así.

Tras la Segunda Guerra Mundial, en 1945, Estados Unidos era el país más fuerte económicamente y estaba en condiciones de ejercer una influencia -en todos los ordenes- sin par en el mundo y particularmente en Occidente:

³² Ibid., 245

³³ Cf. Alonso Zaldívar, Carlos, *Al Contrario*, op.cit., 63

³⁴ Sabina, Joaquín, “De purísima y oro” en Sabina y Cía. *Nos sobran los motivos* (CD 1 acustico, 2000)

³¹ Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo XX*. Barcelona 2003, 244

La competición trasatlántica por la hegemonía global

Entonces su economía representaba casi la mitad de la mundial (...) producía coches, barcos, aviones, radios, teléfonos, electrodomésticos, etc., que no tenían rival en el mundo (...) la superioridad tecnológica de Estados Unidos sobre Europa, Japón, Rusia o China era mayor a mediados del siglo XX que la que tiene a comienzos del XXI. Al acabar la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos militarmente disfrutaba del monopolio nuclear.³⁵

Los acuerdos de los “Tres Grandes” favorecieron que la historia se estancase:

[el acuerdo de Yalta] hizo de la Guerra Fría un espectáculo coreografiado en el que no sucedió realmente nada durante cuarenta años. Eso fue lo más importante de la Guerra Fría. Dividió el mundo en una zona soviética que abarcaba casi una tercera parte del mismo y una zona estadounidense que abarcaba los dos tercios restantes. Mantuvo esas zonas económicamente separadas y les permitió denunciarse mutuamente de modo estrepitoso a fin de mantener el orden en su propio bando, sin intentar nunca auténticos cambios sustanciales en el equilibrio de fuerzas. Estados Unidos estaba, por lo tanto, sentado en la cúspide del mundo.³⁶

En suma, al iniciarse la Guerra Fría, Estados Unidos estaba en la cima del mundo y allí estuvo instalado hasta comienzos de los setenta, cuando el orden mundial establecido tras la II Guerra Mundial empezó a agrietarse. Las fisuras en el consenso de Yalta procedían de distintas cuñas: la emergencia del Tercer Mundo cuestionando directamente el status quo de 1945 en escenarios como Egipto, Cuba, Argelia, Vietnam y particularmente China, donde la victoria del Partido Comunista Chino arrebató el imperio celeste de la influencia estadounidense pero no para situarlo bajo la disciplina de Moscú. La aparición a mediados de los sesenta de los nuevos movimientos sociales, en el seno de la contracultura anglosajona, críticos con el capitalismo y con el modelo socialista soviético³⁷; y por último, el desarrollo de Europa occidental y Japón

que a final de la década de los sesenta erosionaba ya la hegemonía económica estadounidense.

A pesar de que la Guerra Fría permitió a los Estados Unidos seguir dirigiendo el “mundo libre”, la amenaza de europeos y japoneses sobre los mercados controlados por EEUU introducían un cambio cualitativo en el campo occidental. Los norteamericanos estaban obligados a tomar medidas para recuperar salud económica pero, al mismo tiempo, tenían que velar por la cohesión del bloque. En ese sentido, las Administraciones estadounidenses desde Nixon hasta el 11 de septiembre de 2001 pusieron en práctica políticas tendentes a subrayar la hegemonía de los Estados Unidos en el seno de los aliados (como la conversión del sistema monetario en un sistema de patrón dólar –1971– o los intentos, desde la década de los setenta, de bloquear la construcción de una Europa política) al mismo tiempo que se articulaban foros (Comisión Trilateral, una organización privada de “influyentes ciudadanos” de América del Norte, Europa y Japón presentada públicamente en 1973; el “G6”, grupo informal de los países más industrializados del mundo, creado en 1975, y que se iría ampliando hasta incorporar a Rusia en 1997 y llamarse “G8”; el “Consenso de Washington”³⁸; o el “Consenso ideológico de Davos”³⁹) destinados a buscar acuerdos, impulsar la cooperación y, en definitiva, reforzar una homogeneización del bloque favorable –en la medida de lo posible– a los intereses de Estados Unidos.

Esta dialéctica competencia-cooperación entre los Estados que ocupan el centro del capitalismo acabó transformando la estructura de poder. Se configura así un liderazgo bizantino, que Negri define como “una relación de dominio simbólico y burocrático y un dispositivo diplomático y militar en constante actividad”⁴⁰. Este proceso de construcción de una “nueva Bizancio” va a culminarse durante la década de los noventa. La victoria sobre el

³⁵Alonso Zaldivar, Carlos, *Al contrario...*, 49-50

³⁶Wallerstein, Immanuel, *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos. Un análisis de sistemas-mundo*. Madrid, 2004, 476

³⁷Vid. Fernández, Francisco, *Guía para una globalización alternativa. Otro mundo es posible*. Barcelona, 2004, 99-105

³⁸(...) El economista John Williamson acuñó el término en 1990 para describir las recetas políticas del Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y varios economistas latinoamericanos. Inspirándose en la larga lucha contra la deuda latinoamericana, animaba a los países en desarrollo a aplicar 10 recomendaciones de mercado, entre ellas, disciplina fiscal, desregularización y privatización. Definición extraída de *Foreign Policy. Edición española*, nº5, octubre/noviembre 2004, 8

³⁹“Davos tiene su importancia; fue un intento de crear un punto de reunión para las elites del mundo, incluidas las del Tercer Mundo, unificando y homogeneizando su actividad política”. Wallerstein, Immanuel, *Capitalismo histórico...*, 478

⁴⁰Negri, Antonio, *Europa y el Impero*, op.cit., 111-112

socialismo realmente existente, pulverizó el orden de Yalta y posibilitó la recomposición de Europa. Pero sobre todo, desaparecida la amenaza militar soviética, franceses y alemanes dieron importantes pasos en la conformación de la Unión Europea - principalmente desde la entrada en vigor en 1993 del Tratado de Maastricht y la inauguración en 1999 de una moneda propia- como un polo político- económico capaz no solo de competir y despojar a los Estados Unidos del liderazgo económico mundial, sino con aspiraciones a una legitimidad internacional suficiente como para arrebatarse el liderazgo moral a la superpotencia.

Quince años después de la caída del muro de Berlín, la mitad de la economía mundial esta compartida al cincuenta por ciento por EEUU y por la zona euro. Estados Unidos sigue siendo líder en las exportaciones de armamento, los programas de entretenimiento y productos agrícolas, pero el volumen de sus importaciones es tal que su déficit comercial crece constantemente⁴¹. Sigue siendo líder tecnológico mundial, pero la división de ordenadores de IBM ha sido comprada por la empresa china Lenovo y la Unión Europea a través de programas como el Galileo busca un desarrollo tecnológico competitivo y autónomo con respecto a los Estados Unidos,⁴² al igual que una moneda capaz de desplazar al dólar.

Quince años después de haber ganado la Guerra Fría, los EEUU aún no tienen un arma política como en su momento lo fue la “amenaza soviética” y su capacidad militar no ha podido evitar la proliferación nuclear -y parece que para Estados como Corea del Norte o Irán el arma atómica es la mejor garantía contra la intervención norteamericana- que ha crecido hasta tal punto que el secretario general de Naciones Unidas advierte que la amenaza de una catástrofe nuclear ha vuelto a despertar⁴³ y como ya mencionamos más arriba, también despertó China económicamente muy agresiva y cuya actividad política se incrementa, postulando en primer lugar el reintegrar Taiwán dentro de su soberanía, lo que sin duda será una fuente de tensión. Por otra parte, no es probable que Rusia siga mucho tiempo conformándose con su actual papel secundario de suministrador de materias primas de la globalización. En último lugar, en un escenario

internacional abierto, es razonable especular con que Japón -el Estado con la segunda mayor economía del planeta- asuma un rol más acorde a su potencia económica y modifique su constitución pacifista de 1946 e inicie un proceso de rearme, con el “apoyo” de EEUU, máxime si la UE levanta el embargo de armas a China.

Al comienzo de su segundo mandato (1996-2000) Clinton afirmó que “América se ha quedado sola como la potencia indispensable del mundo”⁴⁴, sin embargo “los noventa no han sido el umbral de acceso al « mundo feliz americano»; han sido el interregno entre la Guerra Fría y la nueva gran competición mundial que ya ha comenzado”⁴⁵.

4. La brecha trasatlántica

Si la Guerra Fría estuvo escenificada por dos superpotencias cuya base legitimadora eran proyectos ideológicos distintos, los analistas sostienen que la gran competición del futuro estará protagonizada por tres grandes potencias económicas -Estados Unidos, Japón y la Unión Europea- a las que de facto se les ha unido ya China. Este deslizamiento de la competición ideológica a la competición económica no constituye un progreso novedoso sino, al contrario, un retorno a las motivaciones tradicionales del Estado-nación.

Los Estados-nación siguen siendo hoy los actores decisivos. Ellos son los que dirigen los organismos internacionales, los protegen y tratan de utilizarlos a su favor -y cuando no lo consiguen crean organismos regionales- los que se agrupan para poder influir sobre la globalización y a ellos se dirigen las multinacionales y los parias de la Tierra con sus exigencias y reclamaciones⁴⁶.

Apartada la Unión Soviética, y de momento su sucesora Rusia, de los vértices determinantes de la política internacional, el poder mundial queda en manos de los Estados de ambas orillas del Atlántico. Sus relaciones, motivaciones y estrategias para competir ocuparan ahora nuestra atención.

4.1 Competencia económica

Joaquín Estefanía anuncia que “hay un nuevo combate ideológico que va a oponer no ya el co-

⁴¹Cf. Alonso Zaldívar, Carlos, *Al Contrario*, op.cit 49-50

⁴²Rocard, Michel, “El fracaso de la Europa política” en *Europa en construcción. Integración, identidades y seguridad*, Barcelona, 2004, 57

⁴³ *El País*, 3 de mayo de 2005 p.5

⁴⁴ Cit. Ortega, Andrés, *Horizontes cercanos. Guía para un mundo en cambio*. Madrid, 2000, 30

⁴⁵ Alonso Zaldívar, Carlos, *Al Contrario...* 22

⁴⁶ Cf. *Ibid.*,109-112

La competición trasatlántica por la hegemonía global

munismo al capitalismo, sino que va a confrontar dos formas de capitalismo”⁴⁷ y cita, para describir esa competición, el diagnóstico coincidente al que han llegado distintos economistas entre ellos Lester Thurow:

*una guerra entre hermanos enemigos, armados de dos modelos surgidos del mismo sistema, portadores de dos lógicas antagónicas del capitalismo, en el seno de un mismo liberalismo. Y quizá de dos sistemas de valores opuestos sobre el lugar del hombre en la empresa, el lugar del mercado en la sociedad y el papel del orden legal en la economía*⁴⁸.

Y pone un ejemplo:

*Cuando Estados Unidos se enfrenta a la Unión Europea por el proteccionismo agrícola o cultural, en el seno de la Organización Mundial del Comercio (OMC); cuando Bill Clinton (...) declara que los intereses estratégicos norteamericanos tienen un lugar preferente en Asia en detrimento de los antiguos socios, se está manifestando esta batalla moderna*⁴⁹

Conviene tener presente que nada de esto es nuevo. Por otra parte, ni todo el capitalismo surge del sistema liberal (un buen ejemplo viene, aunque no únicamente, de Oriente) ni el hecho de tener un solo campo de juego –el capitalismo- significa que todos los jugadores respeten las mismas reglas. Para completar la metáfora deportiva, recuérdese que: cuando no hay árbitro, el débil siempre sale cojeando de la cancha. Y, por supuesto, nadie quiere cojear. Hablando “en plata”: en un escenario donde se prima la competitividad, el capital buscará maximizar su beneficio a través del incremento de la productividad y la reducción de costos presionando sobre el poder político para crear entornos favorables.

Prueba de ello es que, cuando a lo largo de la década de los ochenta cristalizó el “Consenso de Washington” y el capitalismo anglosajón retornó decididamente a la economía neoclásica, es decir a la reducción del Estado en beneficio del mercado, arrastró consigo al capitalismo renano. En este sentido, el Acta Única (1986), el Tratado de Maastricht

(1991), el Pacto de Estabilidad y Crecimiento (1996), la Estrategia de Lisboa (2000) y, finalmente, el Tratado Constitucional o Roma II (2005) constituyen etapas de una integración económica regional donde se ha primado, por encima de la integración política y la convergencia social de sus Estados miembros, la capacidad de la Unión Europea para competir globalmente.⁵⁰

La moneda única es el símbolo tangible de ese proceso, y de las aspiraciones de los Estados del área del marco alemán a ocupar el lugar que hoy tiene el dólar en los mercados financieros. Sin embargo, surgen dificultades:

*No existe, por ejemplo, una verdadera Hacienda Pública Europea, una real coordinación de las políticas presupuestarias y menos aún un proyecto satisfactorio de crecimiento conjunto de Europa. En lugar de ello, se apuesta por las reglas restrictivas del Pacto de Estabilidad y de Crecimiento (PEC) y por el crecimiento competitivo de cada uno de los Estados miembros de la Unión, sin percibir que en un área tan integrada comercialmente como la Unión Europea, el crecimiento competitivo de los unos sólo puede ser alcanzado mediante el deterioro de la posición relativa de los otros (...) la Unión Europea institucionaliza la competencia y, a falta de otras herramientas comunitarias de ajuste, el paro y/o la precariedad son llamadas a actuar como las variables centrales de ajuste*⁵¹

A pesar de estos problemas que oscurecen el horizonte de la integración política, es preciso tener en cuenta que la unión monetaria –a pesar de las limitaciones anteriormente descritas- puede “funcionar de forma más o menos armoniosa sin previa unión política”⁵². Como ha señalado Michel Rocard:

la Unión Europea actual ya no es una agrupación de países en torno a un proyecto político y a una voluntad política, y probablemente no lo

⁵⁰ Vid. Etxezarreta, Miren, “Una panorámica de la Unión Europea: Un texto de divulgación” en Utopías, nº201, vol III, 2004, 15 yss; Grupo Euro Memorandum, “Más allá de Lisboa. Orientaciones de política económica y social y piedras angulares constitucionales para el Modelo Social Europeo” en www.epoc.uni-bremen.de/pdf/Euromemo_Sspanish_%202004.doc. [último acceso 20 de abril de 2005]

⁵¹ Rodríguez Ortiz, Francisco, *Europa: entre la integración monetaria y la crisis económica mundial*, Barcelona 2006, 29

⁵² *Ibid.*, 31-32

⁴⁷ Estefanía, Joaquín, *La nueva economía...*p 133

⁴⁸ *Cit. Ibid.*,133

⁴⁹ *Ibid.*, 133-134

*será porque se ha acabado con esa idea. Es sólo un territorio, un espacio consagrado a la ley. Esta agrupación de naciones está gestionada mucho más en función de reglas que en función de una voluntad política*⁵³

En resumidas cuentas, la implantación de la moneda única, si bien ha implicado un “deterioro del empleo y de la calidad de la relación laboral y salarial”⁵⁴, ha permitido a la Unión Europea “una identidad monetaria y financiera acorde con su peso en la producción mundial y en las corrientes de cambio comerciales”⁵⁵.

En términos de competencia trasatlántica, el giro económico acordado a mediados de los ochenta por los Estados que componían la Europa comunitaria, se materializó a finales de la década, en una serie de duelos económicos y en una psicosis de guerra comercial entre Estados Unidos y la Unión Europea -gravámenes arancelarios mutuos, problemas para concluir la Ronda de Uruguay, proliferación de sanciones unilaterales de EEUU, por citar algunos- que concluyeron con la firma en 1996 de la Nueva Agenda Transatlántica (NTA), un acuerdo de dimensiones políticas y económicas que constituye el marco para el desarrollo del Nuevo Mercado Transatlántico (NTM) cuya finalidad es “reducir o eliminar paulatinamente los obstáculos que impiden el flujo de bienes, servicios y capitales”⁵⁶. Finalmente con el objetivo de establecer y apoyar una agenda comercial común se creó un grupo compuesto por importantes empresarios europeos y estadounidenses de alto nivel, denominado Diálogo Comercial Transatlántico (TABD). Como resultado, y aunque la relación trasatlántica no ha estado exenta de tensiones económicas (como por ejemplo en torno a la Ley Helms-Burton o las resistencias europeas a determinados productos de EEUU), durante estos diez años se ha producido la mayor integración económica de la historia a ambos lados del Atlántico. Como describe Soeren Kern:

La suma de USD 2,5 billones que representan las economías de EEUU y Europa juntas suponen la asociación económica actual más robusta e independiente del mundo, pues representa un 41% del PIB mundial (...) La inversión extranjera, piedra angular de la economía transatlántica

⁵³ Rocard, Michel, “El fracaso de...”, 57

⁵⁴ Rodríguez Ortiz, Francisco, *Europa: entre la integración*, 22

⁵⁵ *Ibid.*, 23

*ca, ha experimentado un gran auge. Solo los activos de empresas estadounidenses en Reino Unido son equivalentes a los activos del país en Asia, América Latina y Oriente Próximo combinados. EEUU invierte en Irlanda el doble de lo que lo hace en China, (...) Las empresas europeas son los principales inversores internacionales en 44 de los 50 estados de EEUU. Solo en Tejas, la inversión europea supera a la de EEUU en Japón*⁵⁷.

En opinión de Kern, “puede que la relación económica sea la que mantenga unida la relación política trasatlántica”⁵⁸. De hecho, coincide con Lamo de Espinosa y otros autores, en afirmar que Estados Unidos y Europa comparten valores fundamentales y que las discrepancias entre los socios están más en los medios que en los objetivos⁵⁹.

En ese sentido, aunque las políticas económicas adoptadas en el seno de la comunidad europea han situado a la UE en la cabeza de las relaciones comerciales, superando a Estados Unidos y esta ventaja es exhibida desde Bruselas como prueba del éxito del proyecto europeo, en Washington la percepción es otra. Desde allí, se mira a la Unión Europea como una entidad concentrada en políticas de segundo nivel: relaciones comerciales, medio ambiente, política industrial... Y aunque el euro es molesto, y se mira con cierto recelo los pasos dados por la Unión Europea hacia un “espacio europeo de acumulación”⁶⁰, se valora que las decisiones clave de la UE –aquellas que pueden resultar verdaderamente desequilibrantes- están condicionadas al consenso entre los Estados miembros. Por ello, la Casa Blanca prefiere concentrarse en las relaciones bilaterales, y la actitud de los Estados europeos confirma esta visión. Como se pregunta Kern: “¿qué dirigente europeo rechazaría una invitación a Crawford por miedo a ofender a sus homólogos de la UE?”⁶¹.

⁵⁶ Kern, Soeren, “Por qué debería reformarse la nueva agenda transatlántica, y por qué no se reformará” en <http://www.realinstitutoelcano.org/analisis/731.asp> [con acceso el 10-5-2005]

⁵⁷ *Ibid.*,

⁵⁸ *Ibid.*,

⁵⁹ Lamo de Espinosa, Emilio, «¿Una diferencia que marca la diferencia? Valores y cultura en Europa y los Estados Unidos» en <http://www.realinstitutoelcano.org/documentos/190.asp> [con acceso 6 de mayo de 2005]

⁶⁰ Vid. Arriola Joaquín, “El Tratado Constitucional: una Europa más neoliberal, más fuerte...y menos social” en *Utopías*, n°201 v. III, 2004

⁶¹ Kern, Soeren, “Por qué debería reformarse ...”

La competición trasatlántica por la hegemonía global

Esta tupida red de relaciones políticas, económicas e ideológica lleva a algunos autores a hablar de un orden global –de un nuevo Imperio, sostiene Negri⁶²– estructurado en distintos niveles jerárquicos y liderado por Estados Unidos. La argamasa de este nuevo orden es el gran capital multinacional, para quien la Pax Imperii representa una oportunidad de acceso a nuevos sectores, tecnologías y mercados geográficos⁶³. Se trata de una idea sugerente, pero debe considerarse que en nuestro tiempo presente –como en el pasado– el capital, aunque pueda beneficiarse de los lances imperiales, no renuncia a la ayuda del Estado. Y como ya se ha señalado, el Estado siempre busca aumentar su influencia internacional.

El ejemplo con el que Joaquín Estefanía ilustraba el “combate” en el seno del capitalismo, sirve también para señalar que las tensiones, económicas y políticas, más agudas en el seno de la relación trasatlántica –aquellas que la NTA no ha logrado reducir– se encuentran en Oriente Medio y Asia. Es decir fuera del área trasatlántica, allí donde todavía las capacidades de la Unión Europea no son suficientes y la asimetría militar permite a EEUU actuar independientemente⁶⁴.

4.2 Competencia política

Robert Kagan en su artículo Power and Weakness⁶⁵ (Poder y debilidad), aparecido en mayo de 2002, presentaba su visión sobre las relaciones entre ambas orillas del Atlántico. Su tesis explica que los estadounidenses consideran el uso de la fuerza en función de sus intereses nacionales y al margen del arbitraje internacional. Por el contrario, la Unión Europea pone el acento en la diplomacia, los acuerdos comerciales y la búsqueda de una gobernanza mundial basada en el derecho internacional. Estas preferencias por el poder duro y el poder blando respectivamente derivan de la fortaleza y debilidad de uno u otro actor. Kagan sintetiza su visión con la alegorías mitológicas de Marte y Venus.

Sin embargo, convertida en la primera potencia comercial del planeta y con un presupuesto militar que asciende al 19,52% del gasto mundial, muy por encima de China (3,97%) y Rusia (1,45%), la Unión Europea se asemeja más a un Aquiles contemporáneo, cuyo talón político condiciona su inmortalidad.

Desde la constitución de la Comunidad Económica del Carbón y el Acero, hace ya cincuenta años, la integración europea ha venido fuertemente condicionada por las presiones, económicas y políticas, del entorno y el compromiso alcanzado entre las elites europeas para darles respuesta⁶⁶. El problema de este modelo es que los agentes implicados no tienen porque responder al interés público. Es más, es necesario considerar que “para una importante coalición de actores clave en la construcción europea, ni la participación ciudadana, ni la construcción de una democracia a nivel europeo son requerimientos prioritarios”⁶⁷. Además, cualquier intento de avanzar en la unidad política ha sido un factor de división entre los Estados miembros, por lo que en ausencia de un proyecto convincente ha prevalecido el enfoque funcionalista, y el “mito de la luz final al túnel”⁶⁸, que enfatiza la bondad del resultado para seguir progresando. La cuestión es que, lograda la Unión Monetaria Europea y culminada la incorporación de diez nuevos países ¿hacia donde avanzar?

En la relación con Estados Unidos, hay que partir de la premisa que no hay homogeneidad, y en cada orilla del Atlántico hay quienes apuestan por establecer marcos cooperativos y quienes, con la certeza de poseer o defender cierta ventaja competitiva, se muestran más agresivos y buscan escenarios ventajosos que vigoricen su poder de negociación. El momento que vivimos es paradigmático: la evidencia –tras el 11 de Septiembre– de la vulnerabilidad de Estados Unidos, dió crédito a quienes llevaban, desde la presidencia de Nixon, criticando una forma de hacer política exterior que, a juicio de los neoconservadores, socavaba la hegemonía estadounidense. La intervención en Iraq (2003) fue

⁶² Hardt Michel y Negri Antonio, *Imperio*, distribución gratuita por internet en www.chilevive.cl y también en <http://www.rebellion.org/libros/imperio.pdf> [ultimo acceso 20 de mayo de 2005]

⁶³ Cf. Negri, Antonio, *Europa y el Imperio ...*, p. 76

⁶⁴ Kern, Soeren, “Por qué debería reformarse ...”

⁶⁵ Kagan, Robert “Power and Weakness” in *Policy Review* (May-June, 2002). Posteriormente el mismo autor amplió y matizó sus tesis en un libro titulado *Poder y debilidad. Estados Unidos y Europa en el nuevo orden mundial*. Madrid, 2003

⁶⁶ Vid. Torreblanca, José Ignacio. “La Unión Europea: entre el activismo judicial, la globalización económica y los procesos de ampliación. ¿Un tren a ninguna parte?” en *La ampliación de la Unión Europea. Economía, política y geoestrategia*, Madrid, 2002

⁶⁷ Vid Chaves, Pedro, “Paradojas en el país de la ampliación” en *La ampliación de la Unión Europea. Economía, política y geoestrategia*, Madrid, 2002, p. 54

⁶⁸ Pedrol Xavier Pisarello, Gerardo, *La constitución furitiva. Por una construcción social y democrática de Europa*, Barcelona, 2004, 16-17

un salto cualitativo con respecto a la intervención en Kosovo. Ambas se hicieron en nombre de los derechos humanos, ambas tenían objetivos geopolíticos, ambas fueron ilegales, y en ninguno de los dos casos se contó con el apoyo de Rusia y China. Sin embargo, si la intervención en Kosovo (1999) pretendía evidenciar el liderazgo global de Occidente y la capacidad militar de la OTAN⁶⁹; en la ocupación iraquí prevalecieron los intereses nacionales y la búsqueda de reafirmación del liderazgo de los Estados Unidos a escala planetaria. Para Wallerstein la guerra de Iraq fue “un ataque contra Europa”⁷⁰.

Iraq ha puesto de manifiesto las limitaciones de la alianza trasatlántica, del poder militar de Estados Unidos y de la Unión Europea como modelo de integración regional. Aquellos Estados partícipes del proyecto comunitario que aspiran a influir globalmente, Francia y Alemania en primer lugar, tomaron buena buena de la actitud norteamericana y quizá, además de una coincidencia cronológica, exista una relación causa-efecto entre la actitud de la Administración Bush, a lo largo del último trimestre del 2001, y el consenso francogermano en torno a la necesidad de una Constitución para la Unión Europea.

Sin embargo, el Tratado Constitucional (TC) que actualmente está en proceso de ratificación, no aporta el bagaje de legitimidad que necesita la Unión Europea para la integración de la totalidad de sus 25 miembros. En síntesis mantiene el marco económico creado en Maastricht, no profundiza en la Europa social, no reduce el déficit democrático, y sitúan la política exterior de la Unión bajo la unanimidad⁷¹. No obstante, y además del nada despreciable valor simbólico del término constitución, se encuentran en el Tratado dos aspectos que merecen ser tenidos en cuenta:

En primer lugar, la posibilidad de incrementar las capacidades militares y la creación de una Agencia Europea de Defensa. Como ya se ha mencionado, la Unión Europea es la segunda potencia militar del planeta, sin embargo con 1,3 millones de hombres y mujeres integrados en los distintos ejércitos de la Unión, su capacidad de despliegue no supera los 85.000 efectivos. Son muchos, tal vez suficientes

para integrar misiones de paz de Naciones Unidas, pero escasos si se comparan con los 400.000 soldados de Estados Unidos. El objetivo comunitario es llegar en el 2015 a 200.000⁷². En segundo lugar, y a pesar de las dificultades reales del mecanismo⁷³, el sistema de cooperaciones reforzadas abre una vía para avanzar en la constitución de una Europa construida en círculos, tal vez en línea con las tesis de Laurent Fabius, en cuyo núcleo central estarían los Estados de la zona euro —que ya, según el protocolo 12 del TC, cuentan con un presidente propio- y del acuerdo de Schengen, y que “aspira a realizar en plenitud sus ambiciones políticas, económicas, fiscales, de defensa, medioambientales, sociales, etcétera”⁷⁴. Concedores de estas ambiciones y cuando el contexto ha puesto en evidencia las actuales restricciones de la Unión Europea para afrontar las tensiones trasatlánticas “fuera del área”, parece razonable preguntarse si, en el sustrato del discurso de limitaciones al poder estadounidense y de defensa del multilateralismo, no está la búsqueda de la autonomía política y -como continuadora de ésta- militar de las potencias centrales de la UE.

En Estados Unidos crece la ambivalencia con respecto a la integración europea cuando no se demuestra una abierta hostilidad. Se preguntan si de sean realmente una Europa fuerte que además de competitiva en lo económico, tenga capacidad global de actuación militar y se constituya en referente moral⁷⁵. Por nuestra parte, los europeos no sólo cuestionan el liderazgo global de los EEUU, sino que además, se ven a sí mismos como una potencia en formación⁷⁶. En esta situación la enseñanza de los padres de la estrategia, los antiguos maestros chinos, de que la condición de todo enfrentamiento es la existencia de un equilibrio de fondo, dibuja un horizonte preocupante⁷⁷.

⁶⁹ Alonso Zaldívar, Carlos, *Al Contrario...* 217-222

⁷⁰ Wallerstein, Immanuel, *Capitalismo histórico...* 479

⁷¹ Vid. Pedrol Xavier y Pisarello Gerardo, *La “Constitución” europea y sus mitos. Una crítica al Tratado constitucional y argumentos para otra Europa*, Barcelona 2005

⁷² Cf. Ortega, Andrés, “La brecha trasatlántica. Dios, armas y ley”.

⁷³ Vid Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, Ministerio del Interior y Ministerio de la Presidencia (eds.) Tratado por el que se establece una Constitución para Europa, Madrid, 2004, 163-165

⁷⁴ Vid. Vidal-Beneyto José, Más allá del ‘sí’ y del ‘no’. *El País*, 15 de enero de 2005

⁷⁵ Vid. Kern, Soeren, “Por qué debería reformarse ...”

⁷⁶ “¿Marte y Venus?” en *Revista de la OTAN* <http://www.nato.int/docu/review/2003/issue4/spanish/statistics.html> [último acceso 25 de abril de 2005]

⁷⁷ Cf., Galvany A., “introducción” en Sunzi, *El arte de la guerra*, Barcelona, 2002, 75

5. Conclusión: La apertura de la historia⁷⁸

Con el final de la Guerra Fría ha quedado pulverizado el orden establecido en la Conferencia de Yalta. La división del planeta en áreas de influencia ideológica, generó dos sistemas económicos separados que perpetuó el estancamiento en el que la globalización económica había quedado en 1914.

La caída del muro de Berlín simbolizó el final de esa contención, el final de una etapa de estructuras estáticas e incuestionadas, especialmente en Europa. Sin embargo desde 1989, las grandes potencias económicas han estado tomando posiciones y realizando ajustes para la pugna por el mando mundial. El fin del socialismo real, ha devuelto a la competición entre los Estados-nación su naturaleza económica, despojándola de la legitimidad ideológica y moral que tuvieron, durante el periodo 1945-1991, las dos grandes superpotencias. Hoy la URSS ha desaparecido, y Estados Unidos ve cuestionado su liderazgo en Occidente.

Con la caída del muro, Europa perdió valor estratégico para la geopolítica estadounidense, y desde entonces, en ambos lados del Atlántico se desea rediseñar la relación entre Estados Unidos y la Unión Europea. En ambas orillas hay quienes apuestan por entenderse y quienes valoran que el entendimiento sólo es posible renunciando a intereses vitales. Tras el 11 de Septiembre, en la Administración de los EEUU – pero no en todo el Establishment estadounidense– se ha apostado por la hegemonía, y ésta requiere de la supeditación del otro. De esta manera, si en el área trasatlántica la relación está marcada por la cooperación y las inversiones mutuas, fuera de ella predomina la competencia política y económica.

La caída del muro fue el pistoletazo de salida hacia la explotación de nuevas oportunidades, de nuevas áreas de influencia ideológica y sobre todo económica. A pesar de toda la literatura sobre lo novedoso del proceso y las características de la globalización, el examen de la historia inmediata es concluyente: el capital productivo –por muy multinacional que sea– sigue dependiendo del Estado-nación⁷⁹.

Los datos establecen que hoy, las relaciones económicas siguen siendo Inter-nacionales, y se sabe que la apertura de nuevos mercados constituye uno de los elementos centrales de la “destrucción creadora” del capitalismo⁸⁰. Por otra parte, la experiencia histórica señala que los Estados-nación, sea cual sea su sistema político, compiten políticamente –a través de la diplomacia o los cuerpos expedicionarios– para aumentar su influencia y para que sus capitales obtengan las mejores condiciones en los mercados emergentes. En suma, todo apunta a que, el escenario que Francis Fukuyama describía como el fin de la historia, no es sino el retorno al punto de partida, un re-inicio de la historia desde el que se abren múltiples posibilidades.

La caída del muro y el colapso soviético, lejos de simbolizar el triunfo definitivo del mercado y la democracia liberal, de adentrarnos en “la etapa única y definitiva de la larga marcha de la humanidad”⁸¹, representa la imprevisibilidad de la historia. Ésta habla de lo que solo se puede ver cuando ha acontecido y de la constante posibilidad de generar escenarios nuevos. Cómo el que se recorre en este artículo, donde los aliados de ayer se convierten hoy en rivales latentes dentro “de una misma civilización”. Definitivamente la caída del muro de Berlín no representa el fin de la historia, sino el elemento simbólico de su apertura.

⁷⁸ Vid. Lowy Michael, *Walter Benjamin. Aviso de incendio*, Buenos Aires, 2002

⁷⁹ Además del citado trabajo de Alonso Zaldívar, Arriola Joaquín y Vasapollo Luciano, *La recomposición de Europa. La ampliación de la Unión Europea en el contexto de la competencia global y las finanzas internacionales*, Madrid, 2004

⁸⁰ Schumpeter J.A, *Capitalismo, socialismo y democracia* v I, Barcelona 1996, 121

⁸¹ Lowy Michael, *Walter Benjamin...*, p179